

**PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DE LUIS RAMIRO BELTRAN
A LA ASOCIACION BOLIVIANA DE CARRERAS DE COMUNICACIÓN Y A LA
UNIVERSIDAD EVANGELICA BOLIVIANA EN LA PRESENTACION
DEL LIBRO “LOS CUENTOS DE HADAS DE LUIS RAMIRO BELTRAN”
EN SANTA CRUZ EN MARZO 16 DE 2009**

Distinguidas autoridades:

Personeros de destacadas agrupaciones sociales:

Estimadas colegas y estimados colegas de Bolivia y de países hermanos:

Jóvenes estudiantes:

Me es muy grato participar de este plausible encuentro de docentes y estudiantes de comunicación con periodistas. Lo hago gracias a la gentil invitación de la Asociación Boliviana de Carreras de Comunicación Social por conducto de su Presidente Martha Paz. Y felicito a ella y a sus compañeras y compañeros de directorio y asamblea por el acierto de dedicar este seminario a fomentar el diálogo, franco y cordial, entre quienes hacen la comunicación por vía del periodismo y quienes enseñan qué es ella y cómo se la hace en ese y en otros ámbitos de la interacción social.

Expreso a estas distinguidas instituciones académicas mi profunda gratitud y mi regocijo ante esta publicación conjunta que es la primera de su tipo que se hace en nuestro país. Hubo un antecedente internacional de ella en 1998 cuando el ilustre comunicólogo José Marques de Melo publicó en Brasil un libro con los documentos de un seminario de homenaje a mi carrera profesional organizado por él. Sentir ahora que, en mi hora ya vespéral, mis compatriotas me hacen un enaltecedor obsequio semejante es algo que mucho me halaga y emociona. Y debo anotar que este libro que me brindan también proviene de un primer ciclo semestral de estudios que Martha Paz estableció en 2007 y muy generosamente dedicó a mí, haciéndolo culminar en un seminario de tres días en el que fui honrado con el flamante Premio “Señorita Meredith Schefflen” en celebración de la distinguida fundadora de la Universidad Evangélica Boliviana.

Iniciado con una presentación sucinta pero sustantiva, el libro combina dos juegos de escritos. Uno consiste de materiales preparados ex profeso por miembros de la Asociación Boliviana de Carreras de Comunicación Social para dar una semblanza general de la trayectoria del profesional escogido para la obra. El otro es una compilación de materiales producidos instrumentalmente para el proceso de enseñanza-aprendizaje por medio del mencionado Primer Ciclo de Autor.

La primera parte comienza con una amplia y detallada reseña biográfico-profesional del autor estudiado, con una bibliografía de sus principales obras sobre comunicación y con una lista de las distinciones que le fueron conferidas por labores académicas a lo largo de su carrera profesional. Luego de desplegar un conjunto de fotografías del archivo personal del autor, la segunda sección registra entrevistas que le hicieron en La Paz la directora de la Carrera de Comunicación de la Universidad Evangélica Boliviana y los alumnos de ella Rubén Darío Méndez, José Alex Severiche, Patricia Benegas y Salomé Fabricano. La primera entrevista, por la Lic. Paz, se titula “*El que debió haberse llamado Fortunato Beltrán*”; la segunda, por dichos estudiantes, lleva el título de “*Hago lo que amo y amo lo que hago*”; y la tercera, también por Martha Paz, se denomina “*Un defensor del lector debe criticar, no aplaudir ni callar*”.

La segunda parte del volumen contiene una crónica en la que Martha Paz describe lo que fue aquel primer Ciclo de Autor que constituyó un valioso ejercicio de innovación pedagógica. Diseñado para estimular, mediante la lectura individual seguida de reflexión colectiva por debate, el método puso énfasis en el autoaprendizaje conjugando la teoría con la práctica al propiciar entre los estudiantes la participación activa y el diálogo crítico y creativo en vez de la memorización pasiva de lecciones y lecturas.

También contiene esa parte las palabras del autor estudiado al recibir el Premio “Meredith Schefflen” de la Universidad Evangélica Boliviana.

Viene luego en el libro un lote de fotos que ilustra las instancias sobresalientes de las actividades del ciclo.

Y cierra la excelente edición un disco anexo que presenta un par de videos, producidos por los estudiantes en el ciclo, que son concordantes con los textos.

En alguna de las conversaciones que sostuve con Martha le dije que me consideraba muy afortunado desde mi niñez hasta el presente. Y anoté que ello era tanto así que en vez de llamarme Luis Ramiro Federico, como fui bautizado, podría llamarme Luis Ramiro Fortunato. Con su buen humor y su sentido periodístico, ella tomó este apunte risueño como algo que podía anotarse en la recapitulación de mi carrera y me pidió darle instancias demostrativas de aquello. Comencé por señalar mi fortuna de haber tenido la madre que tuve y de tener la esposa que tengo, ambas maravillosas. Luego le dí una lista que registraba, breve y cronológicamente, algo más de 25 episodios afortunados de mi existencia sucedidos entre 1930, año de mi nacimiento en Oruro, y 2005 tanto en lo personal como en lo profesional. Consideré a algunos de ellos mis **“cuentos de hadas”** cuando los hallaba tan extraordinarios que se me hacían increíbles cual milagros y a otros los llamé casos de **“hoyo en uno”** por analogía con ese infrecuente tiro triunfal directo en el golf. Martha y sus discípulos los han incluido con destaque en sus trabajos escritos y audiovisuales para el ciclo y para el libro. Pero, a gentil recomendación de ella, los mencionaré aquí seguidamente.

Comenzaré por los **“cuentos de hadas”**. El primero fue mi encuentro en 1940 a los 10 años de edad en Buenos Aires con mi muy admirado escritor Constancio Vigil, que publicaba la revista infantil Billiken, así como sus libros para niños que me fascinaban más que los cuentos tradicionales. Mi madre, la periodista Betshabé Salmón viuda de Beltrán, me llevó a la Argentina y logró concertar una entrevista con don Constancio. No podía creerlo y quedé deslumbrado cuando él nos recibió muy afectuosamente, supo de mi deleite por sus escritos y nos paseó por la imprenta en la que justamente se estaba imprimiendo entonces aquella para mí entrañable revista. El segundo de esos cuentos tendría lugar en noviembre de 1946. A pocos días de haber asumido – a los 16 años de edad – la jefatura de redacción del diario La Patria en Oruro, mi tierra natal, recibí de La Paz un mensaje telegráfico urgente por el que mi madre me pedía volver de para presentarme a unos exámenes entre los de candidatos para representar a Bolivia en un foro internacional de estudiantes de secundaria auspiciado por el diario New York Herald Tribune. Convencido de que yo no iría a ser el elegido, pedí a mi Director, Enrique Miralles, licencia del periódico por tres días. Pero resulté ganando ese concurso. Y así, entre enero y febrero de 1947, me vi de pronto viviendo en New York, en casas de compañeros colegiales, y yendo a clases con ellos. Pero lo inverosímil fue que a la treintena de estudiantes de Latinoamérica que fuimos invitados nos trataron principescamente, comenzando porque nos llevaban de un lado a otro en caravana de vehículos con escolta policial y camioneta de prensa. Así visitamos nada menos que a personajes como Nelson Rockefeller, el Alcalde Fiorelo La

Guardia y el Cardenal Spellman, tanto como a las Naciones Unidas y al Colegio Militar de West Point y en Washington D.C. nos alojaron en la residencia presidencial de la Casa Blanca. La fabulosa experiencia culminó en el foro previsto en el famoso Hotel Waldorf Astoria en el que participamos en debates sobre la paz mundial con extranjeros notables como la actriz sueca Ingrid Bergman y el político peruano Víctor Haya de la Torre. Cumpí allá los 17 años de edad. Y mi tercer cuento de hadas tuvo lugar en Ottawa a fines de 1983 cuando me fue otorgado, en su primera entrega, el Premio Mundial de Comunicación "McLuhan-Teleglobe del Canadá. Jamás soñé con ganar semejante galardón, que sería conferido dos años después a Umberto Eco. Yo había recibido en Bogotá la convocatoria al concurso, pero no se me pasó por la cabeza presentarme a él, tanto así que me limité a enviarla a tres o cuatro colegas sobresalientes en nuestra región. Pero dos nobles amigas colombianas, una compañera de trabajo y una colega, se dieron cuenta de mi abstención y, recabando con apremio de mí la documentación necesaria, hicieron la postulación por medio de la Comisión Nacional de Colombia para Cooperación con la UNESCO. Tenía yo entonces 53 años.

Paso a mencionar los casos de *"hoyo en uno"*. El primero fue que en 1956 mi admirado amigo cineasta Jorge Ruiz hizo de mí su guionista. Sin prestar oídos a mis temores debidos a mi inexperiencia, él me dio a leer primero un libro sobre la milenaria cultura chipaya de Oruro, que estaba en riesgo de extinción, y después un libro sobre el guión de cine. Comenzó por encomendarme una ultrasíntesis de los principales rasgos de la vida de dicha comunidad nativa y, al hallarla apropiada como base para hacer una película documental, me tuvo día y noche todo un fin de semana en su casa para explicarme, con la pantalla al frente y una cámara a la mano, las cuestiones técnicas básicas. Hecho eso se fue por tres semanas a filmar algo en el interior luego de encargarme desarrollar el guión de rodaje. Acordamos que lo hiciera mostrando la vida chipaya envuelta en la historia de una pequeña pastora que se había aventurado a ir al vecino y hostil pueblo aimara del que fue rescatada por su anciano abuelo, quien perdió la vida en el emprendimiento. Quedé muy contento cuando, a su vuelta, Jorge aprobó mi propuesta en borrador y la analizamos para hacerle los pulimentos necesarios. En septiembre de 1955 yo dejé Bolivia para trabajar regionalmente con la OEA desde Costa Rica en comunicación para el desarrollo rural. Enormes fueron mi sorpresa y mi júbilo cuando él me llamó allá para avisarme que nuestra película, llamada Vuelve Sebastiana había ganado el primer premio en la categoría antropológica en un festival mundial de cine documental en Uruguay. ¿No les parece algo prodigioso para un debutante?

No pretendo pasar por modesto. Reconozco el hecho de que a uno le puede ir bien en la vida debido a sus aptitudes y a su modo de ser. Pero no es menos cierto que hay mucha gente talentosa, laboriosa, honorable y agradable que no llega a ser objeto del reconocimiento que merece. Por tanto, los pocos que sí lo obtienen bien pueden considerarse afortunados porque, además de sus merecimientos, a veces algunos factores que no dependen de ellos en absoluto intervienen decisivamente en su favor, siendo atribuidos a la suerte, a la divina providencia o a la simple casualidad. Y es por esto que hallo que el apelativo de "Fortunato" corresponde justificadamente a mi caso.

Amigos, les auguro satisfacción y entendimiento en sus deliberaciones para conjugar - creativa y permanentemente - sus talentos, voluntades y esfuerzos al servicio de nuestra amada Bolivia en concordia, paz y progreso.

=====